

CAPITULO XIV.

La isla de Cozumel.



EMPEZABA á amanecer, cuando los centinelas avanzados del cuartel general que habia establecido Hernan Cortés en aquella parte de la isla, anunciaron que de cuando en cuando veian aparecer entre los árboles y los bosques á algunos indios, los cuales acechaban sin ser vistos, y huian en cuanto fijaban sus ojos en él.

Esto puso en guardia á los españoles.

Se prepararon á cualquiera eventualidad; reforzaron las guardias, y no tardaron en ver aparecer á lo léjos una numerosa falange de indios, algo más vestidos que los que habian dejado en la Española y Santiago de Cuba, y armados con flechas que, á juzgar por su actitud, parecian resueltos á emprender el combate.

—¿Qué hacemos, capitán? dijo Pedro de Alvarado á Hernan Cortés.

—Son enemigos débiles para nosotros. ¿A qué emplear la fuerza? Vale más recurrir á la maña.

—Es que parecen decididos á luchar con nosotros.

—No abrigo temor alguno; pero no es enemigos, lo que conviene encontrar, sino aliados. Para ese formidable ejército que tenemos delante basta un solo hombre.

—¿Quién?

—Melchor, él solo va á ganarnos la batalla.

Y dando órdenes para que buscasen al intérprete:

—Eres un amigo leal, le dijo, y sabes mis proyectos. Acér-

cate á los indios, díles quiénes somos, demuéstrales que deseamos su amistad, y evitarás que nuestras armas causen destrozo en sus filas.

Melchor era un indio inteligente.

Podria tener unos veintiocho años, y á un rostro expresivo, franco, que revelaba los buenos sentimientos de su alma, unia un cuerpo vigoroso, una musculatura de cíclope.

El valor de Hernan Cortés le entusiasmaba.

Aquel hombre era un ídolo para él.

Inmediatamente se puso en camino, y su sola presencia produjo gran movimiento en las filas del ejército enemigo.

Algunos pocos, los más valientes, salieron á su encuentro.

Lograron entenderse, y depusieron su actitud hostil al informarse de las intenciones de los españoles.

No era la primera vez que veian extranjeros, ni formaban parte de un pueblo tan aislado que no hubiesen tenido ocasion de ver llegar á su puerto embarcaciones de otras islas vecinas, y hasta de países lejanos.

Como más tarde veremos, la isla de Cozumel era, respecto de aquel archipiélago, lo que Malta en el Mediterráneo.

Por estar en su territorio un ídolo al que veneraban profundamente, no solo los naturales del país, sino los de otras islas próximas; por tener, aunque embrionario, un comercio importante, acudian peregrinos y mercaderes á la isla, y no podian asustarse de la presencia de los extranjeros.

Pero habian tenido noticia de que hombres vestidos como aquellos, con armas como las que ostentaban, habian subyugado el imperio de Haiti, habian esclavizado á los caribes de Boriquen, habian llevado el exterminio y la desolacion á aquellas apartadas poblaciones, y querian prepararse para no sufrir la misma suerte que sus hermanos.

Las palabras de Melchor, confirmadas poco despues por un mensaje que envió el cacique á los jefes de sus tropas, dándo-

les cuenta de la benévola acogida que había dispensado á los indios que Pedro de Alvarado había hecho prisioneros, tranquilizaron el espíritu de aquellos, y su actitud amenazadora se convirtió en una inmensa curiosidad.

— Venid conmigo adonde se halla nuestro jefe, dijo Melchor á los indios. Enviad un mensaje á vuestro cacique para que venga á visitarle, y su trato os convencerá de que no son mentidas sus palabras.

Hicieronlo así algunos.

Cortés y sus capitanes los recibieron con señaladas muestras de afecto, los obsequiaron con los regalos que llevaban dispuestos para reducir á los indios, y los dejaron partir al anochecer satisfechos de su amistad.

Al día siguiente, desde muy temprano, se acercaron al cuartel muchos indios, y uno de ellos, hincando la rodilla delante de Hernan Cortés, repitió muchas veces, con asombro del bizarro caudillo y de sus capitanes, la palabra *Castilla*.

Por conducto del intérprete, le preguntaron qué quería decir, y el respondió, repitiendo con alborozo la misma palabra. Poco después se presentó el cacique de la isla con ricas galas, esclavos con presentes que llevaba á sus huéspedes; un número séquito.

Después de saludarse afectuosamente, y de ofrecerse paz y amistad, Cortés, que no había podido olvidar aquella extraña palabra en boca de un indio, preguntó su significado.

El cacique satisfizo su ansiedad.

— El indio ha querido decir, respondió, que vosotros y vuestros soldados os parecéis á unos hombres de Castilla que se hallan prisioneros en poder del cacique del Yucatan.

No podía imaginarse tal fortuna el intrépido aventurero.

El capitán Montejo y algunos soldados de los que habían formado parte de la anterior expedición, mandados por Grijalva, añadieron que aquellos hombres de quienes hablaban podían

ser algunos de sus compañeros, que en la refriega quedaron heridos ó prisioneros.

Inmediatamente dispuso Hernan Cortés que saliera en su busca Diego de Ordaz con dirección al Yucatan para apoderarse de los cautivos.

El cacique, hombre de gran prudencia de gran penetración, adivinó la orden de Hernan Cortés, y por medio del intérprete le dijo:

— No debéis emplear la fuerza para recuperar á vuestros compañeros. Aunque sois poderosos, puede muy bien el dueño de los cautivos, viendo amenazada su independencia, vengar su derrota, mandando asesinar á esos infelices. Vale más la prudencia que la fuerza. Yo pondré á vuestras órdenes á cuatro de mis más leales súbditos, é iré con vuestro capitán, y á nombre mio también, á pedir al cacique que respete á los prisioneros para lo cual debéis hacerle algun agasajo.

Admiró á Hernan Cortés aquella determinación que revelaba un tacto, una prudencia, una habilidad política, impropia de un hombre tan primitivo, por no decir salvaje.

Accediendo á las instancias del cacique, se dispuso Hernan Cortés á visitar la isla.

Hemos indicado ya que acudían á ella en peregrinación muchos indios de las islas vecinas, que profesaban particular devoción al ídolo Cozumel, que había dado nombre á aquella comarca.

Expuso el cacique al capitán de los españoles los poderosos motivos que tenían él y sus súbditos para sentir tan vehemente adoración hacia el ídolo, que era, según ellos, su número tutelar, y le instó mucho para que le visitara cuanto antes.

Hernan Cortés, con algunos de sus capitanes y destacamento de soldados, se dispuso á seguir al cacique.

Anduvieron largo trecho por medio de dos filas de habitantes del país, que miraban con asombro y curiosidad á los extranjeros, y al fin llegaron á la puerta de un gran edificio de forma cuadrada y construido con piedra barroqueña.

CAPITULO XV.

Un triunfo moral.



ESTE es el templo, dijo el cacique; entrad y adorareis al ídolo.

Penetraron, en efecto, Cortés y los suyos, y encontraron en medio de la estancia que formaban las espesas paredes de piedra un ídolo de figura humana; pero tan extremadamente feo, tan horrible, que si no despertó pavor en sus varoniles pechos, hizo experimentar á todos una gran aversion hácia aquella repugnante figura.

Sobre pedestales habia otros ídolos inferiores, de no menor fealdad.

Quando penetraron Cortés y sus capitanes en el templo, habia en él varios indios rodeando con la mayor atencion á otro vestido de diferente manera, y al parecer sacerdote.

Sin alterarse al ver entrar á los extranjeros, continuó perorando, y los indios estaban tan atentos á su palabra, que ni siquiera volvieron el rostro para informarse de quiénes eran los que entraban á turbar su meditacion religiosa.

El sacerdote estaba vestido con una especie de túnica de algodón, salpicada de adornos de oro.

El cacique manifestó á Cortés, siempre por medio del intérprete, que los que se hallaban escuchando al sacerdote eran peregrinos de otras islas, que habian ido al templo á cumplir votos y promesas en des cargo de sus pecados.

Aquel era un momento propicio para el valiente capitan, que

llevaba en el pecho la fe cristiana, de dar á conocer su error á los idólatras.

—Si deseais sostener la amistad que hemos pactado, dijo el cacique, es necesario que abandoneis la falsa adoracion de estos ídolos, y que sigan el ejemplo vuestros vasallos.

—¿Qué decís?... exclamó asombrado el jefe de aquella numerosa tribu.

—Que no hay más que una religion verdadera, la que predica el Evangelio; que todos esos mónstruos á quienes rendís tributo y adoracion, son ficciones, creadas por una imaginacion calenturienta.

—Ya veis nuestro poderío, añadió Cortés, nuestras armas, nuestros bajelas, los elementos de dominacion que tenemos sobre todos vosotros: esta preponderancia no la da el culto que rendimos el verdadero Dios.

Si quereis que nuestra amistad sea duradera y fecunda, debéis renunciar por completo á la falsa idolatría, hija de vuestra torpe ignorancia.

El asombro del cacique creció de punto.

No puedo responderos sin hablar ántes con los sacerdotes. Esperad un instante.

Adelantóse el cacique.

Los indios abrieron paso.

El cacique les comunicó las palabras que habia pronunciado el jefe de los extranjeros.

La indignacion de los sacerdotes no pudo contenerse.

—¡Dejadnos, dejadnos ir á confundirle! exclamaron.

Y sin dar tiempo al cacique para detenerles, se adelantaron hácia Cortés, y uno de ellos, el más anciano, el más venerable, el que parecia jefe de todos ellos, pronunció un sermon, que se encargó de dar á conocer á los españoles el intérprete.

—¿Quién sois vos, habia dicho el sacerdote, para pretender que vuestra religion es la verdadera y no la que profesamos?

¿Con qué derecho os atreveis á penetrar en este sagrado recinto?

¡Temblad, temblad!

Si dais un solo paso para acercaros á nuestro ídolo, si intentais arrebatar nos nuestras creencias, vereis como los cielos desencadenan las tempestades sobre vosotros, vereis cómo tiembla la tierra bajo vuestros piés, vereis las muestras palpables de la justa indignacion de nuestros manes protectores.

Tal amenaza hizo perder á Hernan Cortés la calma que habia resuelto tener en aquellas negociaciones, y obedeciendo á una inspiracion, pensando que si demostraba todo lo contrario á aquellos rudos hombres, ganaria, si no su voluntad, por lo ménos su temor:

— Quiero probaros, dijo, que vuestro ídolo es impotente para desafiar nuestras iras; que si lo queremos destruir, lo destruiremos sin que la tierra tiemble, sin que se desencadenen las tempestades, porque á nuestro lado está la verdadera luz, el verdadero Dios.

Haciendo una indicacion á sus capitanes y á sus soldados, en medio del asombro de los indios, que se retiraron para abrirles paso, y del estupor de los sacerdotes y el cacique, que no sabian qué resolucion tomar, se adelantaron los capitanes y soldados que acompañaban al caudillo español, y en un instante, cayendo sobre el ídolo, le arrojaron al suelo, convirtiéndole en mil pedazos.

Los sacerdotes creyeron, en efecto, que aquel atentado costaria un tremendo castigo á los extranjeros.

Con su imaginacion vieron agitarse las paredes del edificio, desprenderse las piedras unas de otras, y anonadarlos á todos!

Vieron el firmamento cubrirse de nubes, y salir de su seno el rayo y el relámpago.

Pero los españoles permanecieron tranquilos sobre las ruinas de la idolatría, desafiando la indignacion de los indios; y

éstos; y sobre todo los sacerdotes, al ver que nada sucedia, al ver que todo permanecia tranquilo, quedaron atónitos, y se despertó en todos una terrible indignacion hácia sus ídolos, porque no habian tenido bastantes fuerzas para castigar á sus destructores.

Terribles imprecaciones salieron entónces de aquellos labios, acusando á sus ídolos de una impotencia indigna.

Llegaron hasta avergonzarse de haberles tributado culto, y considerando á los extranjeros como superiores á sus mismos ídolos, quedaron completamente dominados por ellos.

—No conviene desmayar, dijo Hernan Cortés á los suyos; prosigamos nuestra obra; destruyamos los falsos adoratorios para levantar sobre su ruina un templo al cristianismo, y hacer que estos infelices, que viven ciegos, vean la luz.

El cacique huyó á refugiarse á su morada.

Los indios permanecieron temerosos.

Miéntas tanto, los españoles, por órden de Hernan Cortés, destruyeron el templo, en donde durante tanto tiempo habian adorado los indios al ídolo Cozumel, y levantaron una modesta capilla, reemplazando aquella figura con el sagrado símbolo de la Redencion, y una imágen de la Virgen de las que habian llevado para los templos que establecieran.

Un mes se tardó en la obra, durante el cual fueron los indios tributarios de los españoles.

Ellos obedecieron en todo y por todo, consideraron como una felicidad ser sus esclavos, y al cabo de este tiempo dijo uno de los misioneros que acompañaban al ejército español solemnemente la misa en el improvisado templo, y acudieron á ella con gran contricion el cacique con gran número de indios.

Ocupados en estas cosas, casi se olvidaron de Diego de Ordez y de la mision que le habia llevado al Yucatan.

Pero su regreso les hizo saber que no habia podido encontrar á los prisioneros, y que los indios que el cacique de Cozu-

mel habia puesto á sus órdenes para que negociasen su rescate, habian desaparecido tambien, siendo inútiles cuantos esfuerzos habia hecho para encontrarlos.

Hernan Cortés dispuso entónces ir él mismo con todas sus fuerzas al Yucatan.

Antes de partir se despidió cortesmente del cacique, le encargó mucho la custodia del templo, y le aseguró que miéntras no faltase á la amistad que le habia jurado, tendria en él y en todos los suyos un defensor.

Al dia siguiente de tomar este acuerdo, se puso en marcha toda la escuadra, siguiendo el mismo rumbo que Juan de Grijalva, con ánimo de rescatar á los españoles, obedeciendo al mismo tiempo que al sentimiento humanitario, á la necesidad que tenia de sus conocimientos del país, para llevar á cabo su empresa de una manera satisfactoria.

CAPITULO XVI.

Una avería y un buen encuentro.



La desaparicion de los indios que habian acompañado á Diego de Ordaz en su viaje á rescatar á los cautivos, no habia tenido por causa, como habia presumido el capitan de la carabela, y habia hecho creer á Hernan Cortés, el propósito de quedarse con los dijes y bagatelas que les habia entregado para obtener con ellos la libertad de los españoles.

Tuvieron necesidad de internarse mucho, de sostener negociaciones bastante largas y complicadas, y por efecto de esto tardaron en volver á la carabela, é hicieron creer á Diego de Ordaz en su desercion.

Volvió este capitan sin los cautivos, y como hemos dicho ya, dispuso Hernan Cortés la partida de la escuadra.

Un siniestro fué causa de que la escuadra se viese obligada á retroceder.

No habria aún trascurrido desde su salida del puerto media hora, cuando en alta mar estremeció á todos el ruido de un cañonazo.

Dirigieron la vista hácia el sitio de donde habia partido el estruendo, y vieron que el buque de Juan de Escalante pedia auxilio á toda prisa.

Su navío se habia quedado muy atrás.

Insensiblemente, y por un orificio que las olas habian ensan-